

En el año de 1887 encalló una ballena al Este de Rada Ballena, cerca de un promontorio; probablemente el animal entró allí durante la marea y al retirarse las aguas quedó sobre la arena.

Para los indios hizo época este acontecimiento, pues dicen se alimentaron con el gran pescado durante varias lunas y utilizaron gran parte de su hosamenta: aún existen en la rancharía que está cerca de Rada Ballena varias *casas* edificadas en partes con dichos huesos.

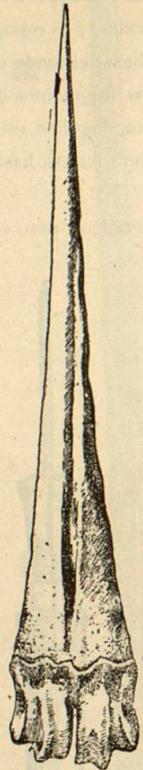
Todavía en 1895, la expedición americana encontró los restos de la osamenta sobre la playa.

A juzgar por el tamaño de las vértebras y la longitud de las mandíbulas el animal medía unos 80 pies de longitud.

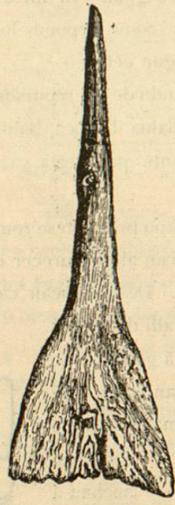
Comen el pescado crudo y cuando vienen á los ranchos de la costa suelen traer una buena provisión de pescado seco.

Los tiburones abundan en las aguas Seris, pero no pude obtener noticias de si los pescan, ni de la forma en que lo hacen.

Usan para coger pescados arpones ó fisgas semejantes á los descritos por Hardy en 1827.



Lezna de hueso.



Leznas de madera.



Tienen una arma curiosa que emplean para coger pescado. Es una especie de lanza de doble punta formando un ángulo como de 5°. Las dos puntas están dentadas de manera que cuando el cuerpo de un pescado es cogido entre ellas no puede escaparse.

Tienen además otro medio de proveerse de pescado: amarran en la playa un pelícano joven para que los demás pelícanos vengán á alimentarlo, y un Seri escondido entre las rocas se encarga de robar los pescados que aquellas aves depositan en la bolsa membranosa del ave prisionera.

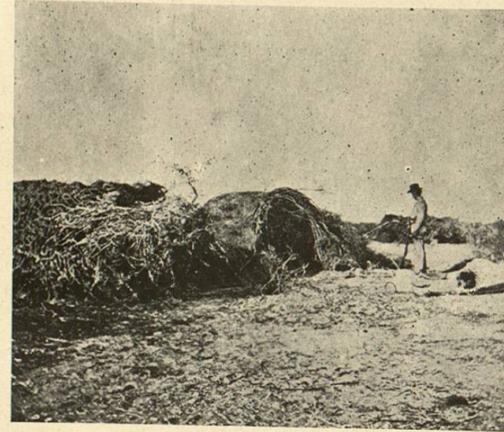
Por lo demás los Seris encuentran pescados abandonados

en la costa por el oleaje. Otra fuente de alimento para la tribu, es la gran cantidad de moluscos que la marea abandona sobre la playa: ostras, ostiones exquisitos, cangrejos y algunas veces langostas arrojadas por las tempestades: generalmente comen crudos todos estos animales y rara vez se sirven del fuego para abrir las almejas y los ostiones, pues por regla general los abren á golpes con una piedra.

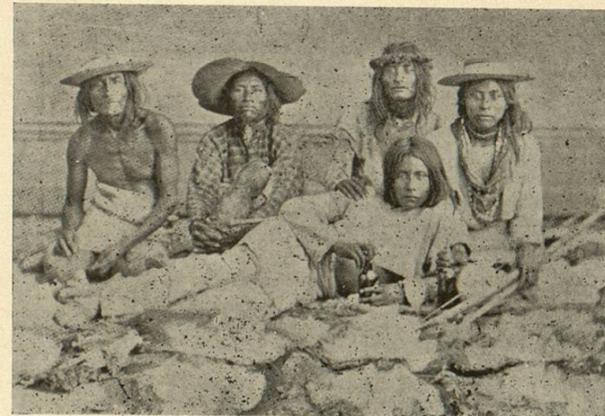
Las principales piezas de caza son las dos ó tres variedades de venado (buros) y alguna que otra vez, pumas, jaguares y algunos otros carnívoros. Para estos últimos emplean siempre sus flechas; pero los buros y venados los cogen vivos, siendo este un lujo que nunca ví permitirse á otros cazadores, exceptuando los Pápagos que alguna vez logran hacerlo.

Hay mucho de ceremonioso y mucho de ritualístico en esta caza.

Por lo regular, bastan cuatro ó cinco Seris para apoderarse de un venado: se colocan en posiciones adecuadas y procuran cortar la retirada al animal, saliéndose siempre al frente, describiendo para esto numerosos zigzags, con rara habilidad y asombrosa ligereza, y estrechando cada vez más el círculo de operaciones hasta que logran matarle á palos ó pedradas, lo cual es



JACAL SERI



CAZADORES SERIS

humillante para ellos; ó bien le persiguen hasta que logran rendirle de fatiga, apoderarse de la pieza viva y llevarla á la Ranchería, lo que constituye uno de sus triunfos, para que las mujeres lo destacen y para que todos puedan beber la sangre caliente y devorar las entrañas palpitantes de la víctima.

Es admirable la facilidad con que despojan á un animal cualquiera de la piel y lo destazan sin emplear cuchillo valiéndose de los dientes y las uñas y ayudándose de alguna concha, un diente del mismo animal ó un chuzo de flecha y reservando la piel para vestido, cama ó cuna, los huesos más delgados para las leznas, los más gruesos para obtener el tuétano y los cuernos para guardarlos como trofeo y talismán.

Igual procedimiento siguen los jóvenes para apoderarse de las liebres, conejos y demás caza pequeña.

El arma favorita de los Seris es el arco, de cuatro y medio á cinco pies de largo y de una y media á dos pulgadas de diámetro en su parte más gruesa.

Casi todos los arcos son de palo blanco y están ligeramente adelgazados en la parte media en una extensión de seis á ocho pulgadas, con el objeto de que puedan ser cómodamente empuñados: en cada una de sus extremidades hay una grosera muesca que sirve para sujetar la resistente cuerda, hecha en general con fibras de raíz de mezquite, muy bien retorcidas y engrasadas.

Por su tosca construcción y escaso pulimento, se conoce que los Seris no emplean mucho trabajo ni se esmeran gran cosa al fabricarlos.

No sucede lo mismo con las flechas, que construyen con esmero, y llaman la atención por la uniformidad de material, de forma y de detalles.

Las actuales flechas difieren mucho de las primitivamente empleadas por los aborígenes, pues ahora les es fácil adquirir pedazos de fierro, clavos, aros de barril, etc., etc., con los que fabrican chuzos metálicos que han ventajosamente reemplazado á los de piedra.

La flecha se compone de tres partes: un chuzo de fierro de la forma y dimensiones de los usados por todas las tribus americanas; un tallo de madera dura de forma cilíndrica, cuidadosamente pulido con quartzita ó piedra-pómez, de 8 á 10 pulgadas de largo, por tres octavos de pulgada de diámetro, y un tallo de carrizo delgado y cuidadosamente escogido, en una de cuyas extremidades está la muesca que sirve para colocarla en la cuerda.

Estas tres piezas están hábilmente conectadas y sujetas con goma de mezquite y fuertes ligaduras hechas con tendones de diversos animales.

Cada una de estas flechas lleva en el tallo de carrizo, muy cerca de su extremidad posterior, tres aristas de 5 ó 6 pulgadas de longitud, formadas con barbas de pluma de halcón ó gavián y sujetas por dos ligaduras hechas también con fibras tendinosas.

Comparando las bien acabadas flechas con los toscos arcos y observando que la construcción de las primeras requiere mucho trabajo y una habilidad no común, y que la construcción de los segundos es el resultado de un trabajo vulgar, no sería extraño suponer que la flecha es más antigua que el arco, y representa un anterior estado de cultura en la historia Seri.

La habilidad con que los Seris manejan el arco, y la rapidez y precisión de los tiros, son proverbiales en Sonora.

La actitud del arquero Seri, representado en nuestro grabado, es característica. Este grabado, que como algunos otros, tomé del interesante libro de McGee, es copia de una fotografía obtenida en las circunstancias siguientes: Durante la excursión hidrográfica de los Estados Unidos en 1873, el Comandante Dewey (hoy Almirante) fué visitado á bordo del *Narragansett* por varios guerreros Seris, y durante una de estas visitas, Mr. Hector Von Bayer pudo tomar la fotografía de un arquero Seri en el momento de disparar su flecha. La negativa se rompió ac-

cidentalmente, pero los fragmentos, cuidadosamente unidos, fueron regalados por el Sr. Von Bayer al Bureau of Ethnology del Instituto Smithsonian, y gracias á esto se obtuvo el grabado.

Los Seris, cuando emplean el arco para la caza ó el combate, casi siempre lo hacen emboscados: el arquero generalmente permanece inmóvil como un felino en acecho y en el momento crítico surge de la maleza con agilidad de tigre y dispara con asombrosa rapidez dos ó tres flechas antes de que la sorprendida víctima haya tenido tiempo de moverse.

Una actitud muy parecida á la del Seri ha sido observada por Grave en los arqueros del Africa Central.

No hay más que un grupo de animales que escapa á la voracidad de los Seris, el formado por los numerosos pequeños roedores que con increíble abundancia se encuentran en la comarca.

Una prohibición especial, cuyo origen ignoro, les obliga á respetar y proteger á estos animales (ratones del monte—*Hesperomys mexicanus*—, tuzas—*Mangeomysus mexicanus*—, y sobre todo, una variedad de ardilla nocturna de larga cola) que se han multiplicado á tal grado, que sus madrigueras, ramificadas por millares de túneles, han minado leguas enteras de terreno, haciéndolo impracticable para los caballos y peligroso hasta para los que viajan á pie.

Es probable que si estos afortunados roedores no figuran en el *menú* Seri; es debido al servicio que prestan á la tribu oponiendo á la invasión de los extraños las extensas barreras que forma el intransitable terreno minado como panal por sus horadaciones.

Es posible que la prohibición de cazar ardillas, sea de carácter religioso; pero aun en este caso, es de admirar la estrecha solidaridad é interdependencia que liga siempre á una tribu primitiva con el medio que la rodea, y como ejemplo, he ahí á un tímido roedor nocturno elevado al primer rango de la fauna Seri, protegido por la superstición, y recompensando á sus protectores al defender el territorio contra las invasiones enemigas.

Las víctimas predilectas de los Seris son los animales recién nacidos y las hembras preñadas, que son perseguidas con tenacidad y destrozadas con furia para arrancar de sus entrañas los suculentos fetos y devorarlos con salvaje avidez.

Este hábito asqueroso reviste por desgracia todos los caracteres de una perversión mental incorregible, y la sola vista de una hembra grávida despierta en los feroces Seris apetitos de hiena, traducidos por irresistibles impulsiones.

El ilustrado Sr. McGee ha referido que durante su expedición y estando cerca de un grupo de Seris, á quienes acababa de fotografiar, una perra preñada se acercó á un pedazo de olla en que los Seris zancochaban carne de caballo: de pronto una de las indias que estaba sentada junto al fuego, se levantó y dió á la pobre perra tan vigoroso puntapié, que el animal cayó sobre los postes de un jacal inmediato y después hechó á huír con dirección al monte, aullando de dolor y llevando entre sus miembros posteriores un feto colgando, á medio abortar.

Cinco ó seis niños Seris se lanzaron en persecución del infeliz animal, y McGee creyó que se trataba de un simple *spot*; pero «cuál sería mi sorpresa, dice el narrador, cuando momentos después, ví á uno de los niños, sentado á la puerta del jacal, devorando el inmundo feto y rodeado por los demás niños que le contemplaban con envidia, y por varias matronas que aplaudían su destreza.»

No me asombra el relato del verídico viajero: he visto á los Seris comer tantas y tales inmundicias, que me he convencido de que pueden competir ventajosamente con los Zopilotes.

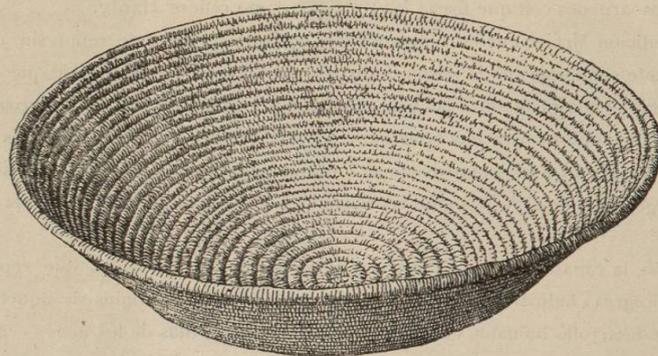
En la comarca Seri, la presencia del hombre, la intervención del elemento humano es lo que hace más negra y más salvaje la amarga y negra *lucha por la vida*, que sin cesar sostienen los seres subhumanos que viven en aquel maldito suelo.

Recuerdo aún que en mi primera expedición llegué, tras fatigoso viaje, á la playa del Pacífico, acampé frente á la siniestra Isla del Tiburón, y al contemplar un grupo de gigantes cos Seris devorando el cadáver de un caballo, y disputando á los hambrientos buitres hasta los intestinos de la hedionda bestia: ¡Hé aquí, me dije, el digno epílogo de una creación de hombres á imagen y semejanza de sus dioses!

Las canastas fabricadas por los Seris son notables por su resistencia y ligereza, pues su peso es insignificante en relación con su capacidad. Su armazón está formado por delgadas varas de palo blanco, tan hábil y sólidamente enlazadas con fibras de torote, que pueden los indios conservar agua en ellas sin que se escurra por los intersticios.

Los Seris generalmente venden estas canastas, pero también las emplean para guardar un asqueroso alimento, descrito por el jesuíta alemán Baegert al hablar de los aborígenes de la Península Californiana.

Dicho alimento, que ha sido llamado por alguien *segunda cosecha*, es obtenido de la ma-



Canasta Seri.

nera siguiente: durante la temporada en que abundan las tunas, los Seris comen increíbles cantidades de estos frutos, cuyas duras semillas pasan á lo largo del tubo intestinal sin ser digeridas, y son después expulsadas con los excrementos.

Cuando las materias fecales se han desecado al calor del sol, los indios las recogen y las guardan para hacer con ellas, machacándolas entre dos piedras y mezclándolas con agua, una especie de *atole* que beben con singular satisfacción.

Este repulsivo hábito scatofágico está íntimamente ligado con las creencias religiosas de los Seris, que atribuyen á los alimentos *ingeridos por segunda vez* un poder sobrenatural que vigoriza extraordinariamente al que lo come y le permite soportar el hambre y los ejercicios más violentos sin fatigarse. Por este motivo comen con frecuencia, sobre todo en tiempo de escasez, sus propios excrementos, que más se asemejan á los de jabalí ó de lobo, que al del hombre.

Además, y debido á esa extraña relación que liga la scatofagia con los misteriosos poderes de sus manes, tienen la costumbre de colocar sobre las tumbas de sus matronas y guerreros varias conchas que llenan con materias fecales.

Para este uso emplean conchas del género *Arca*, y en los cementerios de una ranchería situada cerca de Punta Tormenta, hay más de 600 colocadas sobre los promontorios que indican los sepulcros.

Las balsas Seris están formadas por carrizos ligados con fibras de maguey ó de mezquite, distribuidos en tres haces principales y dispuestos en la forma indicada en la lámina respectiva.

Dicha lámina representa la balsa que existe en el Museo Nacional de Washington, llevada á los Estados Unidos por la expedición de 1895.

La figura grabada en la pág. 5 es un facsímile por el dibujante del *Narragansett* en 1873 y representa la forma que la balsa adquiere al vencer la resistencia de las olas bajo el peso de uno ó dos tripulantes.

El peso de una balsa es por término medio de 250 libras, puede soportar hasta cuatro hombres y 450 ó 500 libras más de peso; su construcción es admirable, su forma es elegante y su resistencia y ligereza hacen de esta balsa enteramente desprovista de aparejo, la embarcación más adaptada al borrascoso medio en que navega.

Por las relaciones de los indios, sé que la balsa es impulsada con las manos, que solas ó armadas de dos grandes conchas, hacen el oficio de remos, y generalmente son dos mujeres las que reman.

Aunque en el facsímile de la expedición Dewey se ve un doble remo de forma común, yo no pude encontrar uno solo semejante, y creo que los Seris se sirven para remar de los largos mangos de los arpones con que figan las tortugas, como refiere Hardy.

La expedición McGee encontró algunos mal acabados pedazos de remo sin mango, que indudablemente son usados en la misma forma en que se usan las conchas de que he hablado.

Es notable el contraste entre las bien construídas y graciosas balsas y los groseros medios propulsivos que emplean para moverlas; pero á pesar de esto, los intrépidos Seris emprenden excursiones no sólo á las islas inmediatas al Tiburón, sino también á las de San Esteban, San Lorenzo, Angel de la Guarda, y según las relaciones de los jesuítas, hasta la costa de la Baja California.

El arpón, la canasta, la olla, la flecha y la balsa son los artefactos que representan el *sumum* del progreso industrial en esta tribu, que aún conserva vestigios de aquellas primitivas fases del desarrollo humano, en que el hombre vivió á orillas de los mares, encadenado á la costa por las condiciones de su vida casi marítima y por su falta de adaptación á la vida terrestre.

Así se explica que los Seris, retenidos por un hábito hereditario, en las playas de un mar pródigo en alimento, vean sus islas y riberas como el núcleo de su territorio.

Los jacales habitados por los Seris son notables por la uniformidad de su construcción: todos tienen la forma de un toldo de carro, y 10 ó 12 pies de longitud por 6 de latitud y 4 ó 5 de altura. Su armazón está hecho con tallos de ocotillo (*Fouquiera splendens*) encorvados en forma de arcos, que descansan sobre postes de mezquite, saguaro ó palo blanco, todo sujeto con ligaduras de fibras de maguey ó de mezquite.

Sobre este armazón entrelazan ramas de diversas clases de arbustos, hasta cubrirlo por los lados, techo y parte posterior, pues la parte anterior, en cuya orientación domina generalmente la exposición al Este ó al Sur, permanece constantemente descubierta.

Los jacales de la rancharía situada en Punta Tormenta, están techados y guarecidos en partes por conchas de tortuga y por láminas de esponja (probablemente Chalina) que abunda en esas playas.

Esta clase de esponja es empleada no sólo en la construcción de los jacales, sino también en camas, y forma el lecho de la matrona en muchas habitaciones.

Los jacales son edificados por las mujeres, que acompañan este trabajo con un canto monótono, cuya significación, tal vez religiosa, me ha sido imposible descubrir.

Como la balsa, el jacal Seri está perfectamente adaptado al medio y á los hábitos de la tribu. Allí donde raras veces llueve y nunca nieva, no se hace indispensable un edificio más sólido para resguardarse del frío y del agua.



IMPLEMENTOS SERIS PARA PINTURA.

Dicha lámina representa la balsa que se usó en la Expedición Nacional de Washington, llevada á los Estados Unidos por la expedición de 1821.

La figura grabada en la página 100 es un bote de piel del *Narragansett* en 1873 y representa la forma que se usó antiguamente en el interior de la costa de las olas bajo el peso de uno ó dos pasajeros.

El bote de piel que se usó en la expedición de 1821, puede soportar hasta cuatro hombres y es de una construcción admirable, su forma es elegante y su construcción es tan buena que puede ser enteramente desmontada de aparejo, la embarcación sólo se desmonta en los puertos donde se navega.

En la construcción de las balsas, el que la balsa es impulsada con las manos, que solas ó con el uso de los brazos, como el caso de las balsas de los Seris, y generalmente son dos mujeres que reman.

En la construcción de la expedición de 1821, se usó un bote de forma común, yo no pude encontrar uno más primitivo, y como que los Seris se sirven para remar de los largos mangos de los arcos que usan las tortugas, como refiere Hardy.

La expedición de 1821 encontró algunos mal acabados peduzcos de remo sin mango, que indudablemente son usados en la misma forma en que se usan las conchas de que he hablado.

Es notable el contraste entre las bien construídas y graciosas balsas y los groseros medios propulsivos que emplean para moverlas; pero á pesar de esto, los intrépidos Seris emprenden excursiones no sólo á las islas inmediatas al Tiburón, sino también á las de San Esteban, San Lorenzo, Angel de la Guarda, y según las relaciones de los jesuitas, hasta la costa de la Baja California.

El arpón, la canasta, la ollá, la flecha y la balsa son los artefactos que representan el *sumum* del progreso industrial en esta tribu, que aún conserva vestigios de aquellas primitivas fases del desarrollo humano, en que el hombre vivió á orillas de los mares, encadenado á la costa por las condiciones de su vida marítima y por su falta de adaptación á la vida terrestre.

Así se explica que los Seris, retenidos por un hábito hereditario, en las playas de un mar pródigo en alimento, vean sus islas y riberas como el núcleo de su territorio.

Los jacales habitados por los Seris son notables por la uniformidad de su construcción: todos tienen la forma de un toldo de carro, y 10 ó 12 pies de longitud por 6 de latitud y 4 ó 5 de altura. Su armazón está hecho con tallos de ocotillo (*Fouquiera splendens*) encorvados en forma de arcos, que descansan sobre postes de mezquite, saguaro ó palo blanco, todo sujeto con ligaduras de fibras de maguey ó de mezquite.

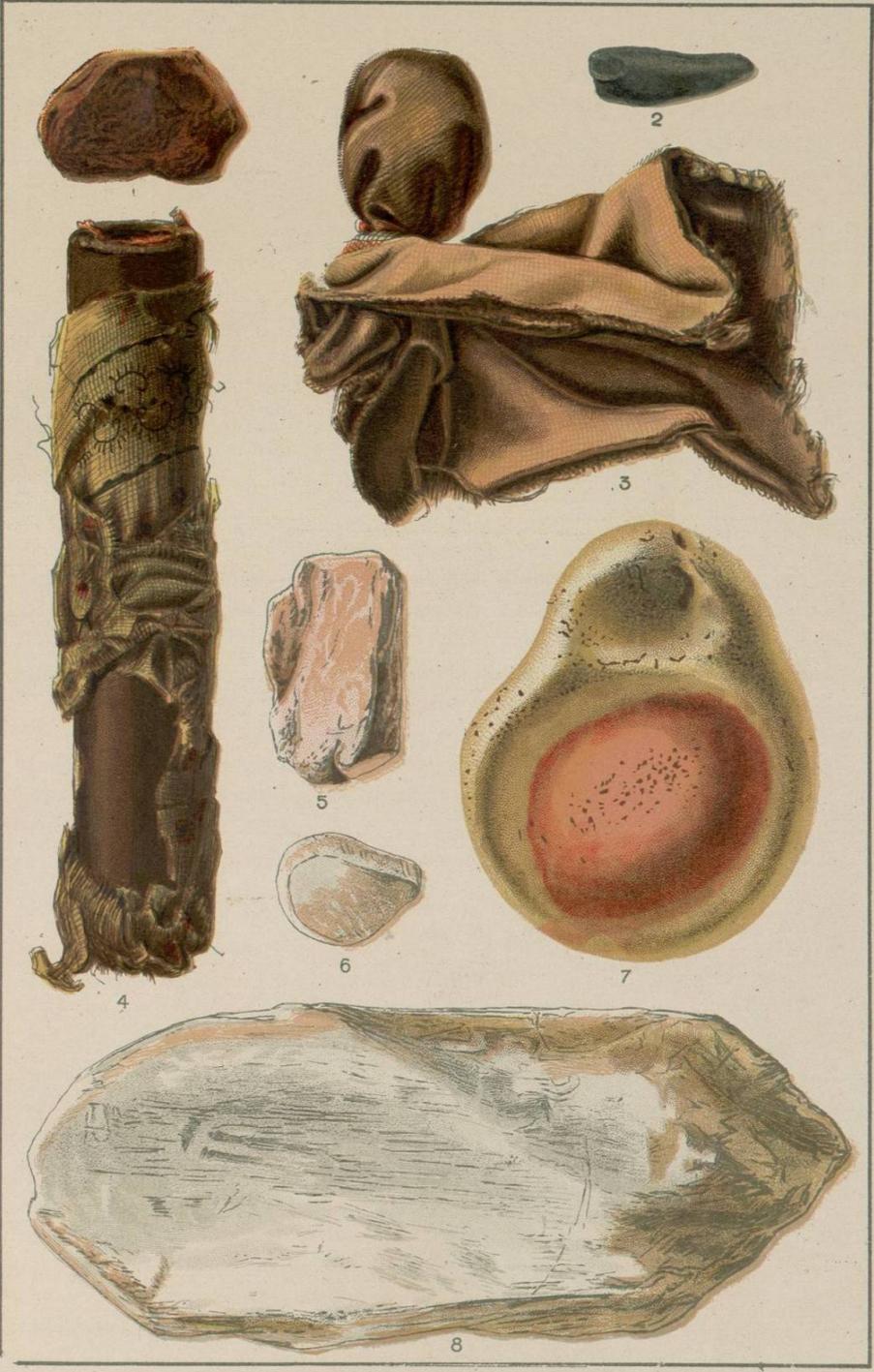
Sobre este armazón entrelazan ramas de diversas clases de arbustos, hasta cubrirlo por los lados, techo y parte posterior, pues la parte anterior, en cuya orientación domina generalmente la exposición al Este ó al Sur, permanece constantemente descubierta.

Los jacales de la rancharía situada en Punta Tormenta, están techados y guarecidos en partes por conchas de tortuga y por láminas de esponja (probablemente Chalina) que abunda en esas playas.

Esta clase de esponja es empleada no sólo en la construcción de los jacales, sino también en canas, y forma el techo de la cisterna en muchas habitações.

Los jacales son edificadas por las mujeres, que acostumbran este trabajo con un canto monótono, cuya significación, en sus orígenes, me ha sido imposible descubrir.

Como la balsa, el jacal está perfectamente adaptado al medio y á los hábitos de la tribu. Allí donde raras veces se va, y donde raras veces se hace indispensable un edificio más sólido para resguardarse del frío y del viento.



IMPLEMENTOS SERIS PARA PINTURA.